

La Montera

por

Gonzalo Manso de Zúñiga

Hoy en día con la unificación de los usos y costumbres, apenas si quedan más prendas de cabeza masculinas que el sombrero flexible y la popular boina, ya que las otras variedades de sombreros van cayendo en desuso. También los tocados populares van rápidamente desapareciendo absorbidos por la boina, la que incluso ha sido adoptada por la mayoría de los ejércitos. En tiempos pasados, y muy especialmente en el medievo, la variedad de sombreros era enorme, y esta diversidad existía no sólo entre unas y otras naciones y aun entre una y otra región, sino incluso dentro de una región misma. Basta para comprobarlo, observar las pinturas de los siglos XIII, XIV y XV, donde se puede ver lo raro que es el encontrar un tipo cualquiera de sombrero repetido en un grupo de personas. Ello obedecía sin duda, a estar estas prendas fabricadas a domicilio y manualmente, lo que evitaba la uniformidad a que se ha ido llegando en siglos posteriores. Si se observan las miniaturas del francés Jacques Fouquet pintadas hacia 1458 (Biblioteca Nacional de París), así como los grabados algo posteriores de Alberto Durero (1471-1528), se comprueba que aun prescindiendo de los sombreros reales y eclesiásticos, que necesariamente tenían que ser diferentes de los del resto de los hombres, había una enorme variedad de tocados masculinos; pudiendo contarse en las miniaturas de Fouquet de quince a veinte modelos del todo diferentes, más numerosos tipos intermedios. Durero también nos presenta tal cantidad de ellos, que es raro encontrar entre sus numerosos grabados y cuadros un modelo repetido. Aun dando por cierto que estos artistas dejaran volar su fantasía alguna vez, sobre todo al representar personajes del Antiguo Testamento, de cuya indumentaria no tendrían autorizadas referencias, es seguro que la totalidad de las prendas colocadas sobre las cabezas de sus figuras estaría tomada de la realidad; esto se

comprueba en los retratos de los personajes de la época, todos o casi todos cubiertos con sombreros distintos, y que serian fiel reproducción de los llevados por los respectivos modelos. Otro tanto debía ocurrir entre las clases populares, como puede verse por un grabado de Durero (Lam. 1) en el que los tres aldeanos llevan distinta prenda en la cabeza. No se puede, pues, al hablar de los siglos medievales atribuir a una na-



Lámina 1

ción, ni aun a una región, un sombrero determinado, pero sí cabe averiguar si algunos de los tocados actuales provienen de aquella época, y si eran de uso corriente en nuestra región. Así, por ejemplo, la montera (llevada por el aldeano de la derecha en el citado grabado de Durero) es una prenda que, aunque nacida en una oscura época del medioevo en una región indeterminada, vino con el trascurso de los años a convertirse en un sombrero típicamente vasco; persistiendo su uso entre nosotros cuando ya hacía siglos que había caído en olvido en el resto de Europa. Averiguar dónde tuvo su origen es tarea probablemente imposible, pero sí es posible especificar en qué época y en qué países se llevó; que se puede decir fué en todos los europeos.



Lámina 2

Así en Alemania debió ser usada, ribeteada de armiño y en vivos colores, por las clases elevadas, como se comprueba en dos preciosos códices miniados y en una tabla gótica procedentes de aquel país, que son hoy propiedad de Doña María Rodríguez de Bauzá (Calle del Cisne, Madrid), así como en una tabla del siglo XIII que se conserva o conservaba en la Iglesia de Santa Ursula de Colonia. (Lám. 2.) También el bajo pueblo

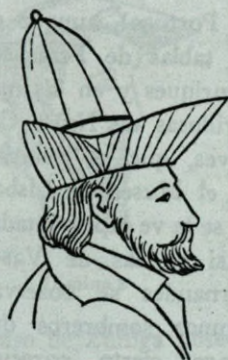


Lámina 3

alemán la llevó más adelante como hemos visto por el grabado de Durero antes citado. De su uso en Italia hay numerosos testimonios, y en el siglo XIII debió ser prenda propia de altos personajes, pues Miguel Paleólogo (Lám. 3) la usaba, y muy complicada por cierto, como puede observarse por el medallón que le cinceló Pisanello; siendo de notar que Durero representa doscientos años después este mismo tipo de montera en uno de sus grabados. También en el Monasterio de Asís, el pintor Simon Martini (1283-1344), al representar el acto de armar caballero a San Martín, colocó sobre la espada que le va a ser ceñida una montera de enorme ala delantera (Lám. 4). en un todo idéntica en forma y tamaño a la usada hasta hace cuarenta años por los aldeanos del valle de Arratia. Igualmente el divino Fra Angélico colocó una, puntiaguda y llena de adornos, sobre uno de los personajes de su "Degollación de los Santos Cosme y Damián", y todavía los pintores del XV Giorgione y Pietro della Francesca, presentan esta misma prenda en sus cuadros "Juicio de Salomón" y "Victoria de Constantino", respectivamente.



Lámina 5

De lo muy usada que fué en Francia dan idea las monteras dibujadas en las orlas de la "Chronique de Froissart" (Lám. 5), obra del siglo XV, y las numerosas recogidas por el aludido Fouquet en sus miniaturas. (Lám. 6.)

Es de creer que esta prenda fué también usada

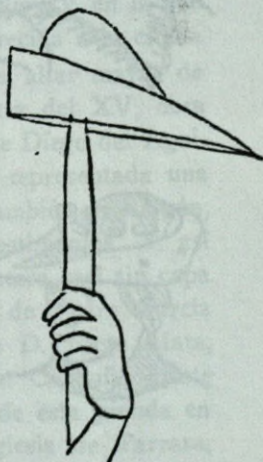


Lámina 4



Láminas 6

en Portugal, aunque en las tablas de Francisco Henriques y en las maravillosas de Nuno Co-salves, que se guardan en el Museo de Lisboa no se la ve representada; y si en las de Vasco Fernandes se observan algunos sombreros que tienen cierto parecido con ella, no son propiamente monteras. En todos estos países debió caer en desuso con las nuevas modas importadas por el Renacimiento, pues ni Holbein en Alemania e Inglaterra, ni Clouet en Francia, ni Bronzino ni Pantormo en Italia la representan en sus altos personajes, ni años después Brueghel ni Bosco en sus escenas populares tan minuciosamente recogidas. En España se conocía ya, por lo menos en el siglo XIV, siendo su uso muy popular y no reservado a altos personajes, como se puede deducir viendo el alfarje del claustro de Silos, decorado entre 1385 y 1400, donde pajes, caballeros y hasta un judío se tocan con ella. (Lám. 7.) También en el Museo del Prado se conserva una tabla (Galería de tablas españolas número 2.519) original de Miguel Ximénez, en la que figura una montera adornada con una borla en su



Lámina 7



Lámina 8

extremo superior. Asimismo en la portada de la iglesia de Santa María de Laguardia, en Alava, obra efectuada en el siglo XIV, hay una soberbia escultura en piedra de Santiago de peregrino (lámina 8), con una montera de gran tamaño. Otro ejemplar se puede ver en Zidamon, 25 kms. de la



Lámina 9

citada villa alavesa (Lám. 9), donde la familia

Manso de Zúñiga posee una tabla castellana del siglo XV en la que en el fondo hay un hombre que lleva una muy parecida a la citada de Laguardia. También en Tudela, en el retablo del altar mayor de

la Catedral, existe una pintura del XV, obra de Pedro Díaz de Oviedo y de Diego del Aguila (Lám. 10) en la que hay representada una de estas prendas. Fué usada también en Aragón, y de ello hay numerosos testimonios. Y, así puede verse pintada una montera casi sin copa en una tabla del XV, obra de Pedro García de Benabarre, propiedad de D. Jorge Mata, de Barcelona. (Lám. 11.) En Cataluña existe un interesantísimo ejemplar de esta prenda en



Lámina 10

una tabla existente en la sala capitular de la iglesia de Tarrasa, (Lám. 12), pintada por Barrasá en el siglo XIV, llamando la atención su original y elevadísima

copa. También en el Breviario de Isabel la Católica, que se guarda en El Escorial (Lámina 13), figura un timonel tocado con esta prenda; y asimismo en el "Repertori dels temps novament estampat e corregit en la noble ciutat de Barcelona per Juan Rosenbach"



Lámina 11



Lámina 12



Lámina 13

Cristóbal de Castillejo, impreso en 1546, se coloca un personaje que la lleva, aunque con el ala delantera recogida. (Lám. 15.) Todavía en el XVII debía ser un sombrero muy usado, pues no son otra cosa que monteras, aunque con la copa baja y redondeada, lo que llevaban el Infante D. Fernando y el llorado Príncipe Baltasar Carlos, cuando los retrató Velázquez en traje de montería (y quizá de ahí le venga su nombre). De su uso



Lámina 15

Y a mí me pondrán
mi camisa nueva,
saya de palmilla,
media de estameña

(Lámina 14), impreso en 1511, se reproducen un par de xilografías representando dos labradores catalanes con sendas monteras. Aun ya mediado el siglo, en el "Diálogo que habla de las condiciones de las mujeres", de



Lámina 14

entre el pueblo tenemos una clara prueba en el famoso romance de Luis de Góngora "Hermana Marica", unos de cuyos versos dicen así:

y, si hace bueno,
traeré la montera
que me dió, la Pasoua,
mi señora abuela.

De estos versos parece deducirse que era prenda de cierto lujo y para usarse "si hace bueno". También en un cuadro de la misma época, obra del pintor Antonio Puga (Lám. 16), se ve un vinatero que la lleva. ¿Y a qué aducir más datos en favor de la pretérita boga de esta prenda si aun hoy día se conserva en el corazón de Madrid una castiza calle que lleva su nombre?

Respecto a la época exacta de su adopción en el País Vasco, es una cosa muy difícil, si no imposible, de afirmarse, aunque por estar enclavada nuestra región entre Castilla, Navarra y Francia, en las que se llevó ya por lo menos desde el siglo XIV, es de suponer que sería prenda de uso corriente entre los vascos desde esa misma época. Sin embargo, el italiano Cesare Vecelli no la recoge en sus dibujos de trajes varoniles, ni tampoco el alemán Weiditz, que estuvo en España acompañando al Emperador desde 1528 a 1533

y que tomó nota de numerosas tocas femeninas y de varios trajes masculinos. A su vez los grabadores Hogenberg y Hoefnagle, que reprodujeron ciudades y personas de nuestra región en 1544 y 1567, respectivamente, no la ponen nunca sobre nuestros hombres, lo que nos hace pensar si sería prenda usada en el monte y caída ya en desuso en las ciudades visitadas por estos artistas, y así tuvo que ser, pues si no es inexplicable cómo 20 años después, o sea en 1587, el Licenciado Andrés de Poza diga (1) que los aldeanos vizcaínos llevaban "una montera en la cabeza" y no es posible suponer que un sombrero que era desconocido en 1567 fuese a los 20 años una prenda popular.

No obstante la falta de pinturas y tallas de los siglos XIV, XV, XVI y XVII en la que se representen los trajes populares de nuestra región nos priva de ver las modalidades diversas que esta prenda adquiriría en el País Vasco, pues aunque en Vergara, en el núm. 2 de la calle de Bidacruceta, se puede ver entre los interesantes y



Lámina 16

(1) "De la antigua lengua, poblaciones y comarcas de España, en que de paso se tocan algunas cosas de la Cantabria..." Bilbao, 1587, por Mathías Mares.

finísimos bajorrelieves góticos de su fachada un personaje que lleva una montera, no es atribuible este trabajo a ningún artista local, ni aun cabe pensar que se hiciese por un artista extranjero tomando como modelos las prendas de uso en Vergara. A juicio de D. Joaquín de Yrizar, que sobre esta fachada ya tiene publicado un trabajo, el autor de los bajorrelieves es un alemán, y el estar hechos a molde, hace ver claramente que se trata de un artista que llevaba sus trabajos planeados y que luego al recibir encargos en sus viajes los iba vaciando y colocando. Así, pues, es solamente por los escritores y viajeros por donde podemos seguir la pista de la clásica montera.

Que este sombrero era el único llevado por nuestra gente de campo a mediados del siglo XVIII lo dice bien claramente el Padre Larramendi en su "Corografía de Guipúzcoa" al afirmar que "los aldeanos y mozos vienen de montera y de palos altos y fuertes que les sirven para bajar cuestras y montes"; y lo mismo asegura Iturriaga en su "Historia General de Vizcaya" al decir que en esta región "en los días de labor los labradores usan montera de paño negro". Otro tanto asegura el naturalista inglés Bowles, que recorrió Vizcaya a fines de dicho siglo y que la da como el tocado popular de nuestra gente de campo. En cambio en Navarra debió desaparecer a mediados del mismo XVIII, pues en 1775 Tomás Padró nos dejó un apunte (E. Erriaren Alde, 1928,



Lámina 17

página 123) hecho en Iguzquiza, junto a Estella, en el que vemos un aldeano que la lleva (Lám. 17), bien tosca por cierto y con el ala delantera levantada; advirtiendo el autor del dibujo que era prenda ya caída en desuso. Labayru, en su "Historia de Bizcaya", dice que los aldeanos de esta provincia usan "una montera que ni repara del sol ni del agua", añadiendo luego que "hacia la parte de Marquina llaman a las monteras ARANDA CHAPELA, vulgarmente "para rayos", por su forma puntiaguda: CHIMISTAREN CONTRA CUA o

ONAZ TARIJAREN CONTRA CUA". En el siglo XIX puede decirse que esta prenda había desaparecido en el resto de España,

conservándose únicamente en algunas comarcas de nuestras provincias, pues las monteras subsistentes en otras regiones habían sido tan modificadas, como en Asturias, o tan empequeñecidas y simplificadas, como en Murcia, que sólo el nombre tenían de común con la primitiva prenda gótica. En Guipúzcoa, salvo en la región de Oñate, debió desaparecer del todo, a más tardar, a principios de dicho siglo. Ello se comprueba claramente en los numerosos grabados del País ejecutados en los veinticuatro años que median entre la retirada de las invasoras tropas napoleónicas y la primera guerra civil, en los que sólo se observan boinas entre la gente del campo, salvo en una litografía de Sidney Crocker, representando la plaza de Oyarzun, en la que se ve una especie de montera, aunque más probablemente es un sombrero puntiagudo. Tampoco en la "Carta topográfica de la M. N. y M. L. Provincia de Guipúzcoa", que en 1836 editaron D. José Olazábal Arbeláiz y D. Francisco del Palacio, se coloca montera alguna sobre el aldeano que hay en la cartela simbolizando el País, el que se cubre con boina. En cambio, en Vizcaya siguió usándose, puesto



Lámina 18

que el alemán Barón de Humboldt, que a principios del XIX visitó esa provincia, asegura que los aldeanos llevaban "una montera negra en punta a modo de casco, de ala triangular de un negro aterciopelado por delante". Todavía en 1844 el bilbaino



Lámina 19

Pancho Bringas la coloca sobre la cabeza de los aldeanos que figuran en sus ilustraciones. (Lám. 18.) En el

Museo de Bilbao, existe un apunte de este artista en el que se ve este tocado con todo detalle. (Lám. 19.) También uno de los Delmas en 1860 la recogió a menudo en sus litografías y dice que los aldeanos llevaban un "colosal sombrero chambergo de ala grande doblado hacia arriba por detrás y extendida por delante". Igualmente Gorosabel en los mismos años la da como usual en ciertas comarcas de Alava y Vizcaya, y el pintor Lecuona la representa frecuentemente

en sus cuadros de costumbres. Asimismo el pintor Seguí, en 1878, ejecutó un fino óleo en el que se reproduce una partida de cartas, en la que entre un grupo de jóvenes tocados de boina figura un viejo con colosal montera. (Lám. 20. Cuadro propiedad del autor.) Y dos años después al ver la luz la revista "Euscal-Erria", se colocó en la portada del primer número un aldeano viejo cubierto con ella, llevando de la mano un niño, el que sin duda por simbolizar el



Lámina 20

tiempo nuevo, va cubierto con boina. En el mismo año Mañé y Flaquer, en su obra "El Oasis", da la montera como prenda subsistente en Mundaca y entre los pastores del Gorbea. A fines del mismo siglo aun se llevaba en el valle de



Lámina 21

Arratia, y de esa época son dos interesantes tallas de madera propiedad del Sr. Izarra de Vitoria (Lám. 21), y todas al acabar aquella centuria se podía ver sobre la cabeza de algún viejo arratiano. Quizá por ser ya un sombrero raro de encontrar es por lo que el fallecido D. José de Orueta tuvo la curiosidad de publicar en la pág. 112 de su amenísima obra "Memorias de un bilbaíno", una fotografía hecha en Ceánuri, en la que se ve un viejo aldeano bajo una colosal montera; y de lo poco frecuente que debía ser da una idea la leyenda que figura al pie y que dice: "una de las últimas monteras. Fotografía hecha por el autor en 1896". Todavía en 1900 la casa Maumejean, al fabricar las vidrieras para la Diputación de Guipúzcoa, hizo figurar en un medallón esta prenda, aunque ya sólo como recuerdo de un pretérito tocado, pues como ya hemos visto, en Alava, Guipúzcoa, Navarra y aun en Vizcaya, había dejado de usarse.

Hoy en día es un sombrero desaparecido en absoluto, pero no tan antiguo que nuestros museos provinciales se hayan decidido a recogerlo en sus vitrinas. Y es lástima que así sea, pues merece más

atención una prenda que, nacida en una remota época del medievo, fué llevada ribeteada de armiño por Emperadores y Reyes, o adornada con plumas por caballeros y juglares, o ya simplificada, por el llorado Príncipe Baltasar Carlos, para venir finalmente a morir, parda y menospreciada, sobre la cabeza de un modesto aldeano vizcaino, que al quitársela por última vez de su cabeza estaría bien ajeno a que cerraba un paréntesis de seiscientos años con tan sencillo gesto.

Alfonso M. Tejada



Entre las grandes ruinas que quedaban por Eibar durante la guerra, no es menor, aunque tal vez la menos importante, para el siglo, la destrucción del Monasterio de la Purísima Concepción de Agustinos Recoletos. Insigne fundación y primera casa de la reforma agustiniana, de la que no queda piedra sobre piedra, ni esperanza de su reconstrucción por haberse vendido ya el solar mismo donde se levaban sus muros, con indiferencia y desamor mismo de la ciudad que, en su indiferencia del pasado, se mira en él, otra historia de actualidad y recuerdo, a saber: otro S. José de Anula, gloria pasada y única de la ciudad.

Porque aun, fueren sin embargo, la de la Veneciana Mariana de S. José, fundadora de la Reforma y Monasterio de Eibar, y la de Sta Teresa de Jesús, y tan paradas en el espíritu, que cuando sus muros los confundiere uno.

Poco se ha escrito en nuestros historiadores, ni sobre la V. M. Mariana de S. José, ni sobre el fundador de la primera casa de la reforma en Eibar, con estar en él la fundación de tantos principios y revelaciones que lo hacen ser uno de los monumentos más valiosos y extraordinarios en la historia medieval, pero rara es la excepción, la ignorancia que de él y de su historia, noble y bella, aun entre las personas cultas de ahora que y aun en las personas cultas que han visto desaparecer el monasterio sin una visita, ni una guía, ni una historia que les ayude a comprender el valor de un pueblo culto y avanzado y a reconocer su historia.

Por eso quiero, antes de que se pierda en el olvido la memoria de este